



Ing. Agr. ANTONIO GIL

1863 - 1934



ANTONIO GIL

(1863 - 1934)

Cuando aprendíamos, en la iniciación de nuestros estudios agronómicos, conjuntamente con sus leyes, los distintos aspectos de la evolución de todo el mundo organizado o no, nunca pensamos que esas leyes que las rigen, las iríamos viviendo paso a paso y sentiríamos sus efectos en la materia y el espíritu.

Nos encantaba la forma brillante con que muchos de nuestros profesores sabían explicarnos y hacer que nos identificáramos con esos diversos aspectos, los cuales hoy, no sólo en base a aquella iniciación, sino que por haberlos abarcado en toda su amplitud, y más que todo, por haberlos sentido en « carne propia » los comprendemos en todo su sentido y en toda su inevitable finalidad.

Antonio Gil, que tanto se destacara en estas funciones de enseñanza, porque también le tocó revelarnos la evolución del mundo mineral, ha cerrado su cielo; ha completado su pasaje por este mundo de materia y de espíritu, dejando, a semejanza de tantos fenómenos intensos que, sin aparato, son ejes de transformaciones primordiales, el trazo inconfundible de su personalidad.

Antonio Gil, fué el maestro por excelencia; tenía personalidad propia en base a principios fundamentales e incommovibles; capacidad y dignidad.

Antonio Gil, fué la figura destacada del grupo inicial de los estudiantes de agronomía en el país, y esa posición, con prestigio siempre creciente, supo mantenerla a través de sus afanes profesionales y de las tareas del profesorado, transformándose, con el tiempo, en el ejemplo viviente de consagración al estudio y al trabajo.

Antonio Gil, hizo, mantuvo, afirmó e impuso, sin resistencias, su personalidad en el mundo intelectual en que le tocó actuar. No fué blando ni complaciente, fué más bien austero, pero aún dentro de esta modalidad, era su condición tan natural, que atraía por su dignidad.

Esa dignidad fué el trasunto de todos sus actos. Recuerdo que con motivo de la cuestión universitaria que tanto conmovió a las

generaciones de 1918 y 1919, una interesante conversación que sostuviéramos.

Yo abogaba por la Reforma, y como tal, puse una serie de argumentos con la convicción que las circunstancias me permitían, y, al impulsarlo a dar sus opiniones, estas fueron más o menos sus palabras: creo en la juventud, porque he sabido ser joven y apreciar como tal los hechos; creo en mis discípulos, porque los he sentido correctos y capaces, pero no estoy conforme con la forma de sus impulsos. Creo también en los que fueron mis compañeros en las tareas de la enseñanza, y, si para aquéllos tengo esa censura, para éstos lamento que no tuvieran presente las palabras profundamente humanas y el gesto sublime del filósofo de Tesalia, en trance de apurar la copa de la cicuta, al despedirse de sus discípulos...!

En la función pública, y especialmente en lo que atañe al desenvolvimiento de nuestra vieja Facultad, que tanto quería, vivió, como todos sus hombres, horas duras y momentos amables. En aquéllas, su serenidad imperturbable, infundía tranquilidad en los espíritus agitados, y en éstos, se le veía redoblar su esfuerzo y estimular la acción de sus alumnos, de sus compañeros y de sus subordinados, mereciendo así la confianza de todos, a la par que inspiraba el entusiasmo necesario para proseguir la lucha en la función y en el trabajo.

En su calidad de maestro, que fué donde le conocí más, en base a sus amplios conocimientos y a su condición especial de carácter, no tuvo nunca inconveniente en ponerse en contacto cordial con sus alumnos, a los que trató con la naturalidad y la confianza que reclamara Ostwald para el maestro ideal, y con las cuales, se puede agregar, se logra inspirar el respeto que sabe contener, por su excelcitud, a las agrupaciones estudiantiles por más inquieto o movidizo que su espíritu apasionado sea. Digo esto, con pleno conocimiento de causa. La tarea del maestro es difícil y hasta peligrosa cuando sus modalidades de carácter y su disciplina está confiada en la inferioridad de sus alumnos, y no sabe o no tiene las condiciones necesarias para superarse.

Antonio Gil, sobrepasaba el nivel medio de la enseñanza; ella tenía la elasticidad suficiente para no ofuscar al medioere y no defraudar al despierto; su disciplina, su método, su dición eran

perfectos, y en todos los puntos que trataba, además de la originalidad que es indispensable evidenciar en esta delicada función, surgía la profundidad de sus conocimientos.

Con verdadera elocuencia, persuadía por su fino razonamiento, y tenía tal modo de decir las cosas, que hubiera satisfecho las condiciones impuestas por Pascal. Se le escuchaba sin trabajo, sin fatiga ni dificultad, despertando de tal forma el interés de sus oyentes, que no sólo los hacía pensar, sino que los llevaba, insensiblemente, a los puntos más difíciles sin los tropiezos que la complejidad de los mismos pudieran ocasionar.

Disertaba con palabra precisa, sencilla y natural, por manera que su auditorio no perdía la ilación del asunto y comprobaba, con satisfacción, que había comprendido y aprendido algo nuevo. Por eso he dicho que pudo substituir, con ventaja para sus alumnos, largas horas de estudio y de esfuerzos para la comprensión de los numerosos puntos, complejos y difíciles que encierran muchas de las materias de nuestra carrera, haciendo, así, grata la tarea del estudio e inolvidables las horas convividas en las aulas de nuestra Facultad.

Generoso por temperamento, dió, sin reservas, todo su caudal intelectual y entregó con profusión todo su haber bibliográfico, que no era poco, completando su función de maestro, en la conducción de los noveles, cuando éstos se encontraban abocados a algún trabajo, evitando con ello el desaliento que muchas veces les embarga a éstos, como consecuencia de su inexperiencia.

* * *

Sus trabajos y publicaciones fueron numerosos y de singular valor técnico.

Sus estudios agrícolas sobre las islas del Paraná, son un modelo de orden, y lo revelan al venerado maestro, en toda su integridad. En éstos, es fácil comprobar, a la par que al hombre metódico y prolijo, al profesional completo.

Es por esto que he dicho más de una vez, que ellos sirvieron para orientar la labor de sus colegas, orientación que se tradujo en aquella obra de conjunto tan útil aunque incompleta, que se denominara « Investigación Agrícola », la que permitió revelar en su

hora, el desenvolvimiento alcanzado por el país en lo que se relaciona con su carácter agrícola, y destacar la importancia de los técnicos de la agronomía, cuya labor, si bien interesante, se venía haciendo personal y aislada, disgregándose así un cúmulo de energías, preciosas en su valor y en sus frutos, y que hubiera logrado toda su plenitud, si ella se hubiera encarado con un plan orgánico y continuado.

Su Tratado de Agricultura, del que alcanzó solo a publicar el primer volumen, es toda una pieza consagratória y donde se evidencia la profundidad del maestro.

El estudio de los minerales que concurren a la formación del suelo arable, otro de sus trabajos, precioso folleto en su concepción y valioso por el aporte que representa como introducción al estudio de la Agrolología — de la que fuera un eminente profesor, — lo revelan en un nuevo aspecto, a la vez que reafirman la manifestación que tengo formulada, de la vastedad de sus conocimientos.

El estudio sobre los caracteres físicos de los trigos, interesante por su forma y de gran valor económico por su finalidad, tiene el mérito de constituir toda una orientación definida en este rumbo, y quizá sea él, el trabajo precursor de los estudios biométricos que se realizan hoy en la rama cerealera de la producción agraria argentina, y que permitirá, conjuntamente con los estudios genéticos y fitotécnicos completar el dominio de los factores que rigen a esta producción, etc.

* * *

Esto que escribo, que no alcanza a ser sino una pálida semblanza de este hombre ejemplar, es conveniente que lo conozcan nuestros alumnos, muchos de los cuales, más de una vez, al realizar sus trabajos en el Laboratorio de Agrolología, al mirar su cuadro, se habrán preguntado, suponiendo la de un predecesor, quién habrá sido esa figura tan venerable, que en manera sonriente, pareciera que con íntima satisfacción, contemplara y presidiera el afán de éstos, en el intento de desentrañar el secreto de esa masa friable, que llamamos tierra, la que en grandiosa armonía con la diminuta simiente, elaboran, en acción sublime, el sustento material de tantas vidas.

Pienso, también, que mientras no se escriba la historia de la familia agronómica, tendremos que vivir de la tradición, transmitiendo de generación en generación, como los Arabes, el recuerdo de los hombres que desde su sitio de verdaderos maestros, supieron cimentar, no sólo su personalidad, sino que concurrieron con su esfuerzo, en la construcción de ese edificio sutil, tan caro a todos nosotros, que se llama prestigio de nuestra querida Institución.

En esta faena, no hay peligro que nos sorprendan en idéntica situación que a los antiguos griegos ante sus ídolos, pues cualquiera que fuera nuestro entusiasmo, nunca caeríamos en exageración ante la personalidad tan completa de nuestro recordado maestro. Para probarlo, no tengo más que repetir un párrafo de la oración fúnebre pronunciada en el cementerio ante sus restos mortales: su tarea profesional fué larga, nutrida y brillante; larga, porque ella abarcó más de un cuarto de siglo de labor continua; nutrida, porque ella fué múltiple; y brillante, porque toda ella fué modelo de sabiduría y de enseñanza.

ALEJANDRO BOTTO.

DATOS BIBLIOGRÁFICOS DEL INGENIERO AGRÓNOMO ANTONIO GIL (1)

Terminó sus estudios a fines de diciembre de 1887; al año siguiente en 1888 rindió examen de tesis, que versó sobre « Alternativas de cosechas ».

Fué de la primera promoción de alumnos del Instituto Agronómico Veterinario de Santa Catalina, habiendo sido promovido con la nota más alta de los alumnos de su curso.

Comenzó sus tareas dentro de la Facultad, en el mismo año que rindió su tesis o sea en 1888, en el mes de marzo fué nombrado Secretario de la Rectoría.

En septiembre del mismo año lo nombraron Ayudante del curso de Agronomía.

En 1889 se le nombró Profesor de Agronomía, siendo el primer profesor de la materia que tuviera cargo docente, fuera del grupo de catedráticos que de exprofeso fueron contratados en Europa, para el Instituto Agronómico y Veterinaria de Santa Catalina.

(1) Datos bibliográficos recopilados por la Señora Doña Arminda B. de Gil.

En 1890 fué confirmado en el cargo, al trasladar el antiguo Instituto Agronómico y Veterinario a la que es hoy Facultad de Agronomía de La Plata.

En este cargo de profesor continuó sin interrupción hasta marzo de 1912, en que se retiró por haberse acogido a los beneficios de la jubilación.

Durante este largo período además del cargo docente desempeñó otras funciones públicas en la provincia de Buenos Aires, como en otras dependencias del gobierno nacional.

En 1893 fué nombrado Director y Administrador del parque y bosque de la ciudad de La Plata.

En 1894 el ministro doctor Emilio Frers lo nombró para efectuar estudios agrícolas en las islas del Delta del Paraná, comisión que fué desempeñada, publicando en un volumen el resultado de sus observaciones.

En 1896 fué comisionado conjuntamente con el ingeniero agrónomo José Cilley Vernet para hacer un estudio de los procedimientos seguidos en el cultivo de cereales en la provincia y mejoras que pudieran llevarse a cabo. El resultado de esta comisión consta en folletos que publicó en aquella época.

En 1897 fué nombrado también en unión del ingeniero José Cilley Vernet y Adolfo Tonnelier para proyectar el plan de estudios, programas, reglamentos, etc., que deberían regir en la Escuela Práctica de Agricultura, que de acuerdo con el mismo decreto se establecería en Santa Catalina, Lomas de Zamora.

En 1897 también el gobierno de la provincia lo nombró Director de la Oficina Química-Agrícola. En dicha oficina organizó los diversos servicios agrícolas con que contaba entonces la provincia de Buenos Aires.

En 1898 fué Miembro de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de La Plata.

En 1899 lo nombraron Director de Santa Catalina. Ese cargo lo desempeñó hasta mayo de 1902 que renunció, entregando el establecimiento al ingeniero agrónomo Juan A. Ortiz.

En 1904 fué nombrado adscripto a la División de Agricultura del Ministerio de Agricultura.

En varios períodos fué Académico de la Facultad de Agronomía

y Veterinaria de La Plata, tanto bajo el régimen provincial como nacional.

En 1905 la Universidad Nacional de La Plata lo nombró Profesor de Agrología, Agronomía general y especial y Dibujo.

En 1905 Profesor de la Escuela Regional de Santa Catalina.

En 1906 Profesor de Geología y Agrología de la Facultad de Agronomía de la Universidad Nacional de La Plata.

En 1906 Vice-Decano de la misma Facultad. Este cargo lo desempeñó en dos períodos consecutivos y como consecuencia tuvo a su cargo la dirección técnica de la sección agronómica de dicha Facultad; durante ese vice-decanato fué en varios períodos delegado de la Facultad al Consejo Superior de la Universidad.

También el H. Consejo de la Facultad lo distinguió nombrándolo Académico Honorario de la misma.